



Homilías

P. Félix Castro Morales | Sacerdos

• ENERO, FEBRERO, MARZO | 2022

#144

www.centrologos.org



SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS (Ciclo C)

Lucas 1.42-43

«Vuelven hoy a la mente las palabras con las que Isabel pronunció su *bendición sobre la Virgen Santa*: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” (Lc 1,42-43).

Esta bendición está en *continuidad con la bendición sacerdotal* que Dios había sugerido a Moisés para que la transmitiese a Aarón y a todo el pueblo: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz” (Nm 6,24-26). Con la celebración de la solemnidad de María, la Santa Madre de Dios, la Iglesia nos recuerda que María es la primera destinataria de esta bendición. Se cumple en ella, pues ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, que dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar.

Además de contemplar el rostro de Dios, también podemos alabarlo y glorificarlo como los pastores, que volvieron de Belén con un canto de acción de gracias después de ver al niño y a su joven madre (cf. Lc 2,16). Ambos estaban juntos, como lo estuvieron en el Calvario, porque *Cristo y su Madre son inseparables*: entre ellos hay una estrecha relación, como la hay entre cada niño y su madre. La carne de Cristo, que es el eje de la salvación (Tertuliano), se ha tejido en el vientre de María (cf. Sal 139,13). Esa inseparabilidad encuentra también su expresión en el hecho de que María, elegida para ser la Madre del Redentor, ha compartido íntimamente toda su misión, permaneciendo junto a su hijo hasta el final, en el Calvario» (Francisco 1 enero 2015).

Pablo VI quiso que el año comenzara bajo la protección de María santísima, venerada como Madre de Dios. La comunidad cristiana, que durante estos días ha permanecido en oración y adoración ante el belén, mira hoy con particular amor a la Virgen Madre; se identifica con ella mientras contempla al Niño recién nacido, envuelto en pañales y recostado en el pesebre. También el Papa Pablo VI quiso que el 1 de enero fuera la *Jornada mundial de la paz*: para que cada año comience con la luz de Cristo, el gran pacificador de la humanidad.

En la liturgia de este primer día del año resuena la triple bendición bíblica: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz” (Núm. 6, 24-26). Podemos contemplar el rostro de Dios porque se ha hecho visible, se ha revelado en Jesús: él es la imagen visible del Dios invisible. Y esto gracias también a la Virgen María, cuyo título más grande celebramos hoy, aquel con el que participa de un modo único en la historia de la salvación: ser Madre de Dios. En su seno el Hijo del Altísimo asumió nuestra carne, y nosotros podemos contemplar su gloria (cf. Jn 1, 14), sentir la presencia del Dios-con-nosotros.

La vemos, pues, como en tantos cuadros y esculturas, con el Niño en brazos, con el Niño en su seno. Madre. La que ha engendrado y alimentado al Hijo de Dios. Madre de Cristo. No hay imagen más conocida y que hable de modo más sencillo sobre el misterio del nacimiento del Señor, como la de la Madre con Jesús en brazos. ¿Acaso no es esta imagen la fuente de nuestra confianza singular? ¿No es ésta la imagen que nos permite vivir en el ámbito de todos los misterios de nuestra fe y, al contemplarlos como ‘divinos’, considerarlos a un tiempo tan ‘humanos’?

La solemnidad de la maternidad divina de María nos recuerda que Cristo, al encarnarse, se ha hecho luz de las mentes y de las conciencias de los hombres. Gracias a Él, la persona puede mirar al futuro con esperanza; gracias a Él, llega a ser capaz de perdón y de amor. En Cristo, y sólo en Él, el creyente encuentra el camino que conduce a la reconciliación auténtica con el Padre y con los hermanos; y aquí está la fuente de la paz.

Por consiguiente, El primer día del año está puesto bajo la especial protección de María. Empezamos el año 2016 bajo la mirada amorosa de la Madre de Dios, que da al mundo a Cristo, Príncipe de la paz. Ojalá que el manto de su maternidad se extienda sobre todos y nos proteja del mal, nos libre del odio y de la violencia...

“Bendita tú entre las mujeres... María “Madre de Dios”, Madre siempre virgen del Verbo encarnado, en este primer día del año te suplicamos tus hijos: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores”, Madre de Dios y Madre de la humanidad, Madre de la Iglesia y Madre de cada uno de nosotros: ¡nadie recurre a ti en vano; a nadie dejas defraudado, olvidado o abandonado! Por eso, te invocamos con entrega filial y confiada. ¡Permanece a nuestro lado! ¡Tú eres nuestra **Madre**! Los invito a todos a ponerse en pie y saludarla tres veces con este saludo de la primitiva Iglesia: “¡Santa Madre de Dios!” (Francisco 1 enero 2015).

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR (Ciclo C)

Mateo 2.1-12

Celebramos hoy la Solemnidad de la Epifanía de Nuestro Redentor. Epifanía se traduce literalmente por manifestación o "aparición de Dios y su presentación ante el mundo como un rey-salvador. Esta manifestación se realizó mediante la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios. En Jesucristo Dios mismo se manifestó al mundo entero, y su manifestación en el mundo trajo la reconciliación y salvación a todos los seres humanos.

Ese Niño, nacido de la Virgen María en Belén, vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada hoy por los Magos de Oriente. Y precisamente hoy, la Iglesia nos invita a meditar y rezar sobre los Magos y su camino en busca del Mesías.

Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la Luz verdadera. Siguiendo una luz ellos buscan la luz. Iban en busca de Dios. Cuando vieron el signo de la estrella, lo interpretaron y se pusieron en camino, hicieron un largo viaje.

En su camino, los Magos encuentran *muchas dificultades*. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en el palacio real. Allí pierden de vista la estrella. Cuántas veces se pierde de vista la estrella. Y encuentran *una tentación*, puesta ahí por el diablo, es el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que sólo consigue ver en el otro a un rival. Y en el fondo, también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso. En el palacio los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David (*Francisco 6 de enero de 2015*)

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una «inmensa alegría» (Mt 2,10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron «al niño con María, su madre» (Mt 2,11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta será para ellos *la segunda gran tentación*: rechazar esta pequeñez. Y sin embargo: «cayendo de rodillas lo adoraron», ofreciéndole sus dones preciosos y simbólicos. *La gracia del Espíritu Santo* es la que siempre los ayuda.

Esta gracia que, mediante la estrella, los había llamado y guiado por el camino, ahora los introduce en el misterio. Esta estrella que les ha acompañado durante el camino *los introduce en el misterio*. Guiados por el Espíritu, reconocen que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres, que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. De ese modo, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad de Dios que al aparente esplendor del poder.

Al llegar a Belén aquellos sabios adoran al divino Niño y le ofrecen dones simbólicos. De este modo se convierten en precursores de todos aquellos que, venidos de distintos pueblos y culturas del orbe, no cesan de buscar al Salvador a lo largo de los siglos para tributarle un rendido homenaje, ofreciéndole una alabanza ininterrumpida y el don de sus propias vidas.

Por María nos viene el Salvador, Ella es la Madre que lo da a luz, Ella es la Madre que se lo presenta a los pastores de Israel y a los sabios de la gentilidad. Su función maternal madura, se extiende. María de la Presentación sigue actuante, activa, hoy como siempre, presentando al Señor Jesús a las personas y a los pueblos. Ella es la Madre que porta al Reconciliador; Ella lo presenta a todos los corazones que se abren en reverente acogida.

San Juan Crisóstomo exhortaba: "Levantémonos, siguiendo el ejemplo de los magos. Dejemos que el mundo se desconcierte; nosotros corramos hacia donde está el Niño. Que los reyes y los pueblos, que los crueles tiranos se esfuercen en borrar el camino, poco importa. No dejemos que se enfríe nuestro ardor. Venzamos todos los males que nos acechan. Si los magos no hubiesen visto al Niño no habrían podido escaparse de las amenazas del rey Herodes. Antes de poder contemplarlo, llenos de gozo, tuvieron que vencer el miedo, los peligros, las turbaciones. Después de adorar al Niño, la calma y la seguridad colmaron sus almas."

Que el Señor, por intercesión de la Madre de Dios, en el nuevo Año, nos ayude a todos a crecer en la santidad, para ser en la historia verdadera epifanía del rostro misericordioso y glorioso de Cristo el Señor.

BAUTISMO DEL SEÑOR (Ciclo C)

Lc 3, 15-16, 21-22

En este domingo, que sigue a la solemnidad de la Epifanía, celebramos el Bautismo del Señor, con el cual terminamos el Tiempo de la Navidad. El Evangelio nos presenta a Jesús, en las aguas del río Jordán, al centro de una maravillosa revelación divina. Escribe San Lucas: "Todo el pueblo se hacía bautizar, y también fue bautizado Jesús. Y mientras estaba orando, se abrió el cielo y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma corporal, como una paloma. Se oyó entonces una voz del cielo: Tú eres mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección". (Lc 3,21-22). De este modo Jesús es consagrado y manifestado por el Padre como Mesías salvador y liberador.

En este evento tuvo lugar el pasaje del bautismo de Juan Bautista -basado en el símbolo del agua- al Bautismo de Jesús "en el Espíritu Santo y en el fuego" (Lc 3,16). De hecho, el Espíritu Santo en el Bautismo cristiano es el artífice principal: es Él que quema y destruye el pecado original, restituyendo al bautizado la belleza de la gracia divina; es Él que nos libera del dominio de las tinieblas, es decir, del pecado y nos traslada al reino de la luz, es decir, del amor, de la verdad y de la paz. Esto es el reino de la luz.

¡Pensemos a qué dignidad nos eleva el Bautismo! "Miren qué amor tan singular nos ha tenido el Padre que no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos" (1Jn 3,1), y lo somos realmente, exclama el apóstol Juan. Tal estupenda realidad de ser hijos de Dios comporta la responsabilidad de seguir a Jesús, el Siervo obediente, y reproducir en nosotros mismos sus rasgos: mansedumbre, humildad, ternura. Y esto no es fácil, especialmente si entorno a nosotros hay tanta intolerancia, soberbia, dureza. ¡Pero con la fuerza que nos llega del Espíritu Santo es posible!

El Espíritu Santo, recibido por primera vez el día de nuestro Bautismo, nos abre el corazón a la Verdad, a toda la Verdad. El Espíritu empuja nuestra vida hacia el camino laborioso pero alegre de la caridad y de la solidaridad hacia nuestros hermanos. El Espíritu nos dona la ternura del perdón divino y nos invade con la fuerza invencible de la misericordia del Padre. No olvidemos que el Espíritu Santo es una presencia viva y vivificante en quien lo recibe, reza con nosotros y nos llena de alegría espiritual.

Hoy, fiesta del Bautismo de Jesús, pensemos en el nuestro, en el día del nuestro Bautismo; todos nosotros hemos sido bautizados, agradezcamos por este don. Y les hago una pregunta, ¿quién de ustedes conoce la fecha de su Bautismo? Seguramente no todos, por eso, les invito a ir a investigar la fecha... Es muy importante conocerla porque es una fecha para festejar: es una fecha de nuestro renacimiento como hijos de Dios. Festejar aquel día significa reafirmar nuestra adhesión a Jesús, con el compromiso de vivir como cristianos, miembros de la Iglesia y de una humanidad nueva, en la cual todos somos hermanos.

Por lo tanto, bautizar no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe.

Pero si mi Bautismo me ha transformado radicalmente, ¿por qué sigo experimentando en mí una inclinación al mal? ¿Por qué la incoherencia entre lo que creo y lo que vivo? Ante esta experiencia tan contradictoria aclara la enseñanza de la Iglesia que aunque el Bautismo "borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios... las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual" (CEC 405).

Para vencer en este combate lo primero que debemos hacer es, además de la incesante oración, asistir a Misa domingo a domingo, al menos, confesarnos con frecuencia y estudiar y meditar nuestra religión... para ir venciendo los propios vicios o malos hábitos, e ir cambiándolos por modos de pensar, de sentir y de actuar que correspondan a las enseñanzas del Señor. No olvidemos que "el santo no es el que nunca peca, sino el que siempre se levanta".

Gracias, Señor, por el don del bautismo, por haberme hecho hijo adoptivo tuyo, hermano de Cristo, templo del Espíritu Santo y miembro comprometido de tu Iglesia. Que nunca manche el vestido de mi dignidad cristiana. Que nunca permita que me apaguen la luz de mi fe recibida en el bautismo. Que sea fiel a las promesas de mi bautismo, que renové en mi confirmación, por intercesión de María y san José. Amén.

SEGUNDO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Juan 21.1-11

El primer signo de Jesús en Caná de Galilea

La liturgia de hoy propone el Evangelio de las bodas de Caná, un episodio narrado por Juan, testigo ocular del hecho. Tal relato se ha situado en este domingo que sigue inmediatamente al tiempo de Navidad porque, junto a la visita de los Magos de Oriente y el Bautismo de Jesús, forma la trilogía de la epifanía, es decir de la manifestación de Cristo. El episodio de la bodas de Caná es, en efecto, "el primero de los signos" (Jn 2, 11), es decir, el primer milagro realizado por Jesús, con el cual Él manifestó su gloria en público, suscitando la fe de sus discípulos.

"Hubo una boda en Caná de Galilea, a la cual asistió la madre de Jesús. *Este y sus discípulos también fueron invitados*" (Jn 2, 1-2). Allí Cristo cambió el agua en vino y, con esta *admirable transformación*, sorprendió en cierto modo a los responsables del banquete de bodas y a los esposos mismos, como lo describe san Juan: "Esto que Jesús hizo en Caná de Galilea fue la primera de sus señales milagrosas. Así mostró su gloria y sus discípulos creyeron en Él" (Jn 2, 11).

Por intercesión de María, Jesús obró su primer "signo", como llama San Juan a los milagros obrados por el Señor. El Evangelio nos dice que los sirvientes obedecieron al punto a las palabras de la Madre de Jesús. Sabemos también que cuando, según el mandato de Jesús, llenaron de agua las tinajas y ofrecieron aquella agua al mayordomo, la bebida se había convertido en vino.

"María aparece en Caná en su dimensión de Madre espiritual. Ella se muestra como la auxiliadora, la intercesora, como quien está siempre atenta a las necesidades materiales y espirituales de sus hijos. Con San Bernardo uno se siente impulsado a decirle: "Señora nuestra, Mediadora nuestra, Abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo, encomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo". La Virgen oyente que se manifiesta magnificente en su captación plena del Hijo, se muestra también como la Virgen orante, la Virgen intercesora. La Virgen se deja ver también como educadora de nuestra fe que sigue repitiéndonos hoy: Hagan lo que Él les diga. Ella, que con prontitud respondió al Mensajero de Dios: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38), desde su propia vida, desde ese ¡Hágase!, ese ¡Sí! generoso y siempre renovado, nos señala el camino. Acojamos, pues, la lección del sabio que nos dice: "No desprecies la lección de tu madre" (Prov. 1,8).

Santa María, que percibe la falta de vino en una boda en Caná, ve también lo que nos hace falta en nuestras vidas, sabe de las virtudes que necesitamos para asemejarnos cada vez más a su Hijo, el Señor Jesús: más fe, más caridad, más esperanza, más paciencia, más alegría, más pureza, más humildad. Ayer como hoy, Ella intercede también ante su Hijo para que transforme el agua de nuestra insuficiencia o mediocridad en el "vino nuevo" de una vida santa, plena de caridad, rebosante de alegría.

Al aspirar a conformarnos con el Señor Jesús, el Hijo de Santa María, hemos de tener muy presente que sólo Él puede ayudarnos a cambiar nuestros vicios por virtudes. Así como Jesús transformó el agua en vino, Él puede también transformar nuestros corazones endurecidos por nuestros pecados y opciones contra Dios en corazones "de carne", capaces de amar como Él nos ha amado (ver Ez 36,26-27).

Para que se dé esta transformación interior en nuestras vidas Santa María intercede incesantemente por cada uno de nosotros, sus hijos e hijas, ante el Señor, al tiempo que nos urge a nosotros: "¡hagan lo que Él les diga!" (Jn 2,5). Si bien el Señor realiza el milagro de la transformación del agua en vino gracias a la intercesión de su Madre, lo hace también en la medida en que los siervos cooperan haciendo lo que Él les indica, obedeciendo a su palabra. Del mismo modo, el Señor obrará nuestra conversión y santificación sólo en la medida en que prestemos nuestra decidida cooperación desde el recto ejercicio de nuestra propia libertad. Si cooperamos con el Señor cada día, obedeciéndole, procurando poner por obra *lo que Él nos dice*, Él realizará en nosotros por el don de su Espíritu el milagro de nuestra progresiva santificación, hasta que podamos también nosotros afirmar como el Apóstol Pablo: "vivo yo, más no yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20).

Que María... acompañe nuestro camino, fortalezca nuestra fe, impulse nuestra esperanza y nos anime a vivir en santa obediencia a su Hijo.

El Evangelio de este domingo presenta el evento prodigioso en Caná, una aldea de Galilea, durante una fiesta de bodas en la que participan también María y Jesús, con sus primeros discípulos (cfr Jn 2. 1-11). La Madre le hace notar al Hijo que falta el vino, y Jesús, después de responderle que su hora no ha llegado todavía, acoge sin

embargo su solicitud y dona a los esposos el vino más bueno de toda la fiesta. El evangelista subraya que 'Éste fue el primero de los signos de Jesús. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él' (v. 11).

Los milagros, pues son signos extraordinarios que acompañan la predicación de la Buena Noticia y tienen el objetivo de suscitar o reforzar la fe en Jesús. En el milagro cumplido en Caná, podemos percibir un acto de benevolencia de parte de Jesús hacia los esposos, un signo de la bendición de Dios sobre el matrimonio. El amor entre hombre y mujer es un buen camino para vivir el Evangelio, es decir para encaminarse con alegría por la senda de la santidad.

Pero, el milagro de Caná no se refiere solo a los esposos. Toda persona humana está llamada a encontrar al Señor en su vida. La fe cristiana es un don que recibimos con el Bautismo y que nos permite encontrar a Dios. La fe atraviesa tiempos de alegría y de dolor, de luz y de oscuridad, como toda auténtica experiencia de amor. La narración de las bodas de Caná nos invita redescubrir que Jesús no se nos presenta como un juez listo a condenar nuestras culpas, ni como un comandante que nos impone seguir ciegamente sus órdenes. Jesús se manifiesta como Salvador de la humanidad, como hermano, como nuestro hermano mayor, Hijo del Padre, se presenta como Aquel que responde a las expectativas y a las promesas de alegría que habitan en el corazón de cada uno de nosotros.

Entonces, podemos preguntarnos: ¿conozco de verdad al Señor así? ¿Lo siento cerca de mí, de mi vida? ¿Le estoy respondiendo en la misma honda de aquel amor esponsal que Él manifiesta cada día a todos, a todo ser humano? Se trata de darse cuenta de que Jesús nos busca y nos invita a hacerle espacio en lo íntimo de nuestro corazón. Y en este camino de fe con Él no se nos deja solos: hemos recibido el don de la Sangre de Cristo. Las grandes tinajas de piedra que Jesús hace llenar de agua para cambiarla en vino (v.7) son signo del pasaje de la antigua a la nueva alianza: en lugar del agua usada para la purificación ritual, hemos recibido la Sangre de Jesús, derramada de modo sacramental en la Eucaristía y de modo cruento en la Pasión y en la Cruz. Los Sacramentos, que manan del Misterio pascual, infunden en nosotros la fuerza sobrenatural y nos permiten saborear la misericordia infinita de Dios.

Que la Virgen María, modelo de meditación de las palabras y de los gestos del Señor, nos ayude a redescubrir con fe la belleza y la riqueza de la Eucaristía y de los otros Sacramentos, que hacen presente el amor fiel de Dios para con nosotros. Así podremos enamorarnos cada vez más del Señor Jesús, nuestro Esposo, y salir a su encuentro con las lámparas encendidas de nuestra fe alegre, siendo así sus testimonios en el mundo»

TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Lucas 1. 1-14; 4.14-21

“Hoy se cumple esta Escritura que acaban de oír” Tanto la primera lectura como el Evangelio hablan del libro de la Escritura.

El Evangelio de este Domingo tiene dos partes. **La primera es el prólogo del Evangelio de San Lucas**, quien manifiesta que “después de comprobarlo todo exactamente desde el principio” ha querido relatar ordenadamente la vida y enseñanzas del Señor Jesús, para que sea conocida por Teófilo “la solidez de las enseñanzas” que ha recibido. Con esta introducción *san Lucas afirma la veracidad e historicidad de los hechos relatados*, exponiéndolos en su Evangelio tal y como se los relataron testigos oculares, testigos que vieron y escucharon personalmente al Señor. Los Evangelios son auténtico recuento de hechos sucedidos.

La segunda parte del Evangelio relata el anuncio que el Señor Jesús hace al inicio de su ministerio público en la sinagoga de Nazaret: el Señor leyó la antigua profecía de Isaías que decía: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha unguido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor*”. **Jesús fue enviado por Dios para anunciar la Buena Nueva de la Reconciliación a la humanidad** sumida en la esclavitud, la pobreza, el mal, la enfermedad y la muerte. En efecto, *El Pueblo de los “pobres”, los humildes y los mansos*, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías.

Con sus señales y milagros, y sobre todo con su misma resurrección de entre los muertos, hechos todos que san Lucas recoge en su Evangelio tras diligente investigación, el Señor Jesús demuestra la veracidad de sus palabras: Él es verdaderamente el Ungido de Dios, Aquél que ha venido a traer la liberación, la salvación y reconciliación a la humanidad (Cfr. *Hech 4, 12; CEC 430-432*).

La Palabra de Jesús no es la mera transmisión intelectual de un mensaje, sino “poder de Dios para la salvación de todo el que cree” (cfr. *Rom 1, 16*). Jesús sigue presente entre nosotros, en nuestro corazón, cuando lo dejamos que se aposente él; Él es el que atiende a los pobres, el que quiere la alegría para todos, el que ofrece la liberación integral a los que padecen alguna clase de esclavitud.

La Escritura que se cumple en Jesús sigue resonando desde el eterno presente de Dios. Dios actúa “ahora” mediante su Espíritu Santo. Nos llama ahora a examinar nuestra vida, nos invita a renacer - a la conversión - Él nos da consuelo y esperanza, Él nos libera, nos da la luz...; en efecto, éramos pobres, no poseíamos nada, ni a Dios, ni la ley, ni los profetas antes de ser bautizados y hechos hijos de Dios. ¿Por qué razón fue enviado como Mensajero a los pobres? Para “proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor” (*Lc 4,18*), ya que por su palabra y su doctrina los ciegos recobran la vista”, dice Orígenes.

El Programa de la vida de Jesús fue anunciar la Buena Noticia a los pobres, curando, liberando, salvando. Irá por la vida haciendo el bien, como médico de los cuerpos y de las almas. Las Escrituras nos revelan a Jesús, nos lo da a conocer, nos lo acerca. Jesús es siempre una Buena Noticia. Que se haga realidad en cada uno de nosotros lo que Jesús dijo de María: “Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan” (*Lc. 11.28*).

Por su parte, san Agustín nos dice: hermanos, puesto que creemos en Cristo, permanezcamos en su palabra. Pues si permanecemos en su palabra,... nos hará libres, es decir, nos liberará no de los hombres malvados, sino del diablo; no de la cautividad corporal, sino de la iniquidad del alma. Él es el único que otorga esta liberación. Que nadie se considere libre, para no permanecer esclavo. Nuestra alma no permanecerá en la esclavitud, puesto que cada día se nos perdonan nuestros pecados (*Sermón 134,3-4.6*)

Que nuestra Madre... nos enseñe a descubrir en su Hijo nuestro liberador de sufrimientos, opresiones y abusos; que los ciegos lo vean como luz que libera del sinsentido y la desesperanza; que los pecadores lo reciben como gracia y perdón. Que todos segamos a Jesús cuando nos va liberando de todo lo que nos esclaviza, empequeñece o deshumaniza. Que nos enseñe a creer en él como nuestro Salvador que nos encamina hacia la Vida definitiva.

CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

“Lo llevaron a un barranco con intención de despeñarlo”

El relato evangélico de hoy nos conduce de nuevo, como el pasado domingo, a la sinagoga de Nazaret, el pueblo de Galilea donde Jesús creció en familia y lo conocían todos. Él, que hacía poco tiempo que había salido para comenzar su vida pública, vuelve ahora por primera vez y se presenta a la comunidad, reunida el sábado en la sinagoga. Lee el pasaje del profeta Isaías que habla del futuro Mesías y al final declara: “Hoy se cumple esta palabra que acabáis de oír” (Lc 4,21). Los conciudadanos de Jesús, en un primer momento, sorprendidos y admirados, comienzan después a poner cara larga, a murmurar entre ellos y a decir: ¿Por qué este que pretende ser el Consagrado del Señor, no repite aquí los prodigios y milagros que ha realizado en Cafarnaúm y en los pueblos cercanos? Entonces Jesús afirma: “Ningún profeta es bien recibido en su patria” (v. 24) y recuerda a los grandes profetas del pasado, Elías y Eliseo, que realizaron milagros a favor de los paganos para denunciar la incredulidad de su pueblo. Llegados a este punto, los presentes se sienten ofendidos, se levantan indignados, expulsan a Jesús fuera del pueblo y quisieran arrojarlo desde un precipicio. Pero Él, con la fuerza de su paz, “pasando en medio de ellos, continuó su camino” (v. 30). Su hora todavía no había llegado.

Este relato del evangelista Lucas saca a la luz una tentación a la cual el hombre religioso está siempre expuesto, todos nosotros estamos expuestos, y de la cual es necesario tomar decididamente las distancias. ¿Y cuál es esta tentación? Es la tentación de considerar la religión como una inversión humana y, en consecuencia, ponerse a “negociar” con Dios buscando el propio interés. Precisamente en esto consiste el ministerio profético de Jesús: en anunciar que ninguna condición humana pueda constituir motivo de exclusión, ¡ninguna condición humana puede ser motivo de exclusión!, del corazón del Padre, y que el único privilegio a los ojos de Dios es aquel de no tener privilegios.

En la vida del Señor Jesús se realiza también el destino de todos los profetas auténticos: ser bandera discutida, signo de contradicción. Todo profeta enviado por Dios está llamado a denunciar el mal para enderezar los senderos torcidos, por ello su prédica no puede esperar la adhesión entusiasta de las masas y multitudes. Muchos dirán acaso “qué bien habla”, pero cuando sus palabras como espada de doble filo penetren hasta las coyunturas de su ser y denuncien sus tinieblas, invitándolos a abandonar las sendas torcidas y convertirse de su mala conducta para caminar a la luz de los designios divinos, lejos de escucharlo con humildad y cambiar de vida buscarán quitar de en medio a quien denuncia su maldad: “Es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible... Condenémosle a una muerte afrentosa” (Sab 2,14.20).

Por otra parte, también la Iglesia fue, es y será signo de contradicción. La predicación de la Iglesia, su misma presencia en medio del mundo, resulta incómoda cuando, haciéndose eco de la enseñanza de Cristo, pronuncia lo que no desea ser oído; cuando recuerda que el hombre no es Dios, que la ley dictada por los hombres no siempre coincide con la ley de Dios; cuando desafía los convencionalismos pacíficamente aceptados por nuestro egoísmo, nuestra comodidad y nuestra soberbia; cuando proclama la verdad del matrimonio uno, indisoluble, fecundo, hasta la muerte. La Iglesia es signo de contradicción cuando no comulga con las ideologías de moda.

Finalmente, los auténticos seguidores de Cristo, los profetas de Dios experimentarán también esta señal de contradicción. Esta es una constante que acompaña a los auténticos profetas, desde el Antiguo Testamento hasta los tiempos presentes. Los falsos profetas, los que dicen lo que la gente quiere oír y, sobre todo, lo que halaga el oído de los poderosos, prosperan. Pero los profetas verdaderos resultan incómodos y provocan una reacción en contra cuando en su predicación tocan temas candentes, poniendo el dedo en la llaga de alguna injusticia o situación de infidelidad.

Seguir a Jesús comporta renunciar al mal, al egoísmo y elegir el bien, la verdad, la justicia, incluso cuando esto requiere sacrificio y renuncia a los propios intereses. Y esto sí, divide, convierte en signo de contradicción; lo sabemos, esto confronta incluso las relaciones más cercanas. Pero atención: no es Jesús quien divide. Él pone el criterio: vivir para sí mismos, o vivir para Dios y para los demás; hacerse servir, o servir; obedecer al propio yo, u obedecer a Dios. He aquí en qué sentido Jesús es “signo de contradicción”» (Homilía de S.S. Francisco, 18 de agosto de 2013).

Así pues, alentado por el Señor, no temas dar razón de tu fe. Y si sucede que alguna vez te quedas callado porque careces del conocimiento debido y no sabes qué responder, investiga luego, pregunta, infórmate mejor, para que

la próxima vez que te encuentres en una situación similar no te falte el conocimiento necesario para defender la fe y anunciar al Señor y su Evangelio. Que María nos enseñe a dar testimonio valiente del Señor y defender a la Iglesia nuestra Madre con pasión...

QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Lucas 5. 1-11

Dejándolo todo lo siguieron

Las tres lecturas de hoy nos presenta a tres hombres: Isaías, Pedro y Pablo. Tres personajes escogidos por Dios, llamados por Dios, que supieron responder a Dios: **"Aquí estoy, Señor. Envíame"**, le respondió Isaías, a quien vemos en la Primera Lectura (Is. 6, 1-8); en el Evangelio vemos a Pedro, acompañado de Santiago y Juan, quienes **"llevaron las barcas a tierra, y dejándolo todo, lo siguieron"** (Pedro, Santiago y Juan)" (Lc. 5, 1-11)y, en la segunda Lectura vemos a Pablo, que en el camino de Damasco le dice al Resucitado: **"¿Qué debo hacer, Señor?"** (He 22, 3-16).

La experiencia de Pedro guarda una profunda semejanza con la del profeta Isaías, descrita en la primera lectura. En una visión Isaías se encuentra cara a cara con Dios, el Santo. Ante el Señor percibe con intensidad la realidad de su propio pecado, su impureza y su indignidad ante la elección divina: "¡Ay de mí, estoy perdido!", exclama Isaías. El temor se apodera de él. ¡La santidad de Dios denuncia su impureza, su pecado! ¿Cómo puede lo impuro mantenerse en la presencia del Santo? Pero Dios procede a retirar su culpa y purificar sus labios con una brasa ardiente. Si bien Isaías no es digno, Dios lo hace digno, lo purifica para que pueda responder al llamado y a la misión de hablar en su Nombre.

Tampoco Pedro se considera digno de estar en la presencia del Señor Jesús, de seguirlo. Pero el Señor Jesús no se detiene ante el pecado de Pedro. Él conoce bien de qué barro está hecho, conoce sus pecados, sus miserias y debilidades, sabe perfectamente que no es digno de Él, incluso sabe que lo va a negar y traicionar, pero su mirada va más allá de todo eso: el Señor Jesús mira su corazón, sabe que ha sido formado desde el seno materno para ser "pescador de hombres", para ser apóstol de las naciones, para ser "Pedro", la roca sobre la que va a construir su Iglesia, y teniendo todo ello en mente lo alienta a no tener miedo de mirar el horizonte y asumir la grandeza de su vocación y misión.

Todos, cada uno en su ambiente, en su vocación específica, hemos sido llamados por Dios a la misión, a establecer el Reino.... No sólo para 'salvarnos' nosotros mismos, sino para ayudar a otros a liberarse de tantas ataduras, a conocer mejor la verdad, a gozarse en la salvación de Dios y acogerla. Eso no se refiere sólo a la vocación sacerdotal o para la vida religiosa. Todo cristiano es testigo y colaborador de Cristo en este mundo, para con las personas que están bajo su círculo de relación: un niño puede ayudar a sus compañeros, una joven puede ejercitar una influencia benéfica y constructiva en su ámbito de amistad y de trabajo, los hijos para con los padres, y los padres para con los hijos, pueden ser testigos elocuentes de fidelidad y autenticidad humana y cristiana. Los varios servicios y ministerios en una parroquia o comunidad son una vocación para ayudar a los demás.

También puede aparecer en la vida de los llamados de hoy la tentación del desánimo, porque somos débiles. Sin embargo, con una actitud de humildad y de generosidad, la reacción debería ser la de Isaías: aquí estoy, mándame: y la de Pedro: soy un pecador; y la de los discípulos: dejaron todo y lo siguieron.

Cristo sigue manteniendo su llamada, asegurándonos su ayuda: no temas, desde ahora serás pescador de hombres. Y la pesca puede ser que llegue a prodigiosa. También en un mundo que no parece tener muchos oídos para el anuncio de la salvación de Cristo.

También a nosotros el Señor, profundo conocedor del corazón humano, nos dice: "¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo a la verdad sobre ti mismo, esa verdad que requiere que mires cara a cara y aceptes con humildad tu propia debilidad, tu miseria e incluso tus pecados más vergonzosos y terribles, pero verdad que va más allá de tu "soy pecador"! Jesús hoy nos dice: ¡No tengas miedo de descubrir en Mí tu propia grandeza y dignidad, tu verdadera identidad, el sentido de tu vida, tu vocación y tu hermosa misión en el mundo!".

Los llamados a la vida sacerdotal o religiosa, los llamados a la vida matrimonial o a la vida de soltería, podemos responder y ofrecernos, desde nuestra vocación al Señor con estas palabras:

Aquí estoy, Señor. Quiero ir en tu nombre adonde tú quieras. Me pongo en tus manos como el barro en las manos del alfarero.

La misión de la Iglesia es que todos encuentren la misericordia de Dios

Las tres lecturas de hoy nos presenta a tres hombres: Isaías, Pedro y Pablo. Tres personajes escogidos por Dios, llamados por Dios, que supieron responder a Dios: **"Aquí estoy, Señor. Envíame"**, le respondió Isaías, a quien vemos en la Primera Lectura (Is. 6, 1-8); en el Evangelio vemos a Pedro, acompañado de Santiago y Juan, quienes **"llevaron las barcas a tierra, y dejándolo todo, lo siguieron"** (Pedro, Santiago y Juan)" (Lc. 5, 1-11)y, en la segunda Lectura vemos a Pablo, que en el camino de Damasco le dice al Resucitado: **"¿Qué debo hacer, Señor?"** (Hech. 22, 3-16).

El Evangelio cuenta – en la narración de San Lucas – la llamada de los primeros discípulos de Jesús (Lc 5,1-11). El hecho sucede en un contexto de vida cotidiana: hay algunos pescadores en la orilla del lago de Galilea, los cuales, después de una noche de trabajo pasada sin pescar nada, están lavando y arreglando las redes. Jesús sube a la barca de uno de ellos, Simón, llamado Pedro, le pide que se aparte un poco de la orilla y se pone a predicar la Palabra de Dios a la multitud que se había reunido. Cuando termina de hablar le dice que navegue mar adentro y que echen las redes. Simón había conocido ya a Jesús y experimentado el poder prodigioso de su palabra, por lo que le responde: «Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices, echaré las redes». (v 5). Y esta su fe no queda decepcionada; en efecto las redes se llenan de tal cantidad de peces que estaban a punto de romperse (cf v.)

Ante este evento extraordinario, los pescadores quedan apoderados por el temor. Simón Pedro se echa a los pies de Jesús diciendo: «Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador». (v. 8) Este signo prodigioso lo ha convencido de que Jesús no es solo un formidable maestro, cuya palabra es verdadera y poderosa, sino que Él es el Señor, es la manifestación de Dios. Y esa presencia tan cercana suscita en Pedro el fuerte sentido de su mezquindad e indignidad. Desde un punto de vista humano, piensa que debería haber una distancia entre el pecador y el Santo. En verdad, precisamente su propia condición de pecador requiere que el Señor no se aparte de él, de la misma forma en que un médico no puede alejarse de las personas que están enfermas.

La respuesta de Jesús a Simón Pedro es aseguradora y firme: «No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres». (v. 10) y nuevamente el pescador de Galilea, volviendo a confiar en esta palabra, abandona todo y sigue a Aquel que se ha vuelto su Maestro y Señor. Y así hicieron también Santiago y Juan, socios en el trabajo con Simón. Ésta es la lógica que guía la misión de Jesús y la misión de la Iglesia: ir a buscar, 'pescar' a los hombres y a las mujeres, no para hacer proselitismo, sino para devolver a todos su plena dignidad y libertad, mediante el perdón de los pecados. Esto es lo esencial del cristianismo: difundir el amor regenerador y gratuito de Dios, con actitud de acogida y de misericordia hacia todos, para que cada uno pueda encontrar la ternura de Dios y tener plenitud de vida. Y aquí, en particular, pensemos en los confesores: son los primeros en tener que dar la misericordia del padre, según el ejemplo de Jesús.

El Evangelio de hoy nos interpela: ¿sabemos confiar verdaderamente en la palabra del Señor? O ¿nos dejamos desalentar por nuestros fracasos? En este Año Santo de la Misericordia estamos llamados a confortar a cuantos se sienten pecadores e indignos ante el Señor y abatidos por sus propios errores, diciéndoles las palabras de Jesús: «No temas». Que nos ayude la Virgen María a comprender cada vez más que ser discípulos significa poner nuestros pies en las huellas dejadas por el Maestro: son las huellas de la gracia divina que regenera la vida para todos».

SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Lucas 6.17,20-26

En la primera lectura el Profeta Jeremías nos presenta la imagen de un hombre a quien denomina "maldito", y después otro, al que llama "bendito".

Del mismo modo en el Evangelio san Lucas escuchamos primero la palabra "bienaventurado", y luego: "¡Ay de ustedes!". También aquí hay contraposición evidente.

No podemos olvidar que el Evangelio emplea el duro "¡ay de ustedes!" refiriéndolo a la tradición del Antiguo Testamento. También nosotros debemos recibir esta severa palabra de la Buena Noticia y meditar en ella.

San Lucas escribe: "¡Ay de ustedes los ricos...", "¡ay de ustedes los que están saciados!...", "¡ay de los que ahora ríen...", "¡ay si todo el mundo habla bien de ustedes...!" (Lc 6,24-26).

¿Acaso significa esto que recibir elogios, reír, saciar el apetito o llegar a ser rico es algo malo y digno de condenación?

Parece que la respuesta a esta pregunta nos viene del Profeta Jeremías. Llama "maldito" al hombre que confía en el hombre y considera que su fuerza está en la carne, y "aparta el corazón del Señor" (Jer 17,5). Por tanto, el mal del que habla el Profeta y el Evangelista no está en la riqueza en sí, ni en la satisfacción del apetito, ni en la alabanza humana. El mal al que se refiere el "¡ay de ustedes!" de San Lucas está en el apego exclusivo a unos u otros bienes temporales y, a la vez, en el alejamiento del corazón a Dios.

Lo que he dicho se refiere a la parte negativa de esta contraposición que evidencian las lecturas de la liturgia de hoy. La parte positiva es más rica y está más explicitada. El profeta Jeremías llama "bendito" el hombre que "confía en el Señor y en el Señor pone su confianza" (17,7).

El Profeta lo compara al árbol plantado junto a la corriente de agua, de modo que las raíces están siempre regadas y ello hace que tenga verdes las hojas incluso en la estación del calor. No cesa de dar fruto ni siquiera en tiempo de sequía (cfr. 17,8).

Casi la misma imagen del hombre "bienaventurado" se ve delineada en el primer Salmo: es "como un árbol/ plantado al borde de la acequia:/ da fruto en su sazón,/ y no se marchitan sus hojas;/ y cuanto emprende tiene buen fin" (v.3). Un hombre así "no sigue el consejo de los impíos" ni "entra por la senda de los pecadores", sino que "su gozo es la ley del Señor" y la "medita día y noche" (cf. vv.1-2).

Después de aludir a esta hermosa metáfora que se encuentra en el libro del Profeta Jeremías y en el primer Salmo, pasemos ahora a buscar la respuesta a la pregunta: ¿Qué es este torrente, esta agua vivificante donde el hombre justo y "bendito" ahonda sus raíces? Como se deduce del Salmo, ésta es justamente la "ley del Señor".

Pero continuando con la lectura de hoy del Evangelio de Lucas, podemos afirmar que el torrente vivificador es la Palabra de Dios, la Buena Noticia. Precisamente ésta encierra en sí el código de las bienaventuranzas que leemos en Lucas. No escapa a nuestra atención el hecho de que el enunciado de cada una de estas bienaventuranzas está construido de modo significativo. Por ejemplo, "bienaventurados los pobres, porque suyo es el reino de Dios" (6,20).

La primera habla de la vida temporal; la segunda, habla sobre todo del futuro eterno. La vida temporal está cargada de innumerables fatigas, padecimientos, o sea, de lo que el hombre suele llamar "el mal": el mal de la pobreza, el mal del hambre, el mal que se manifiesta en lágrimas de sufrimiento, el mal de las persecuciones "por causa del Hijo del Hombre".

Pero según hemos afirmado antes, el Señor Jesús nos advierte que un "bien" como la riqueza, saciedad, alabanzas y todo bien temporal puede ser "un mal" si aleja nuestro corazón de Dios. Y revela también que un "mal", todos los males enumerados en el Evangelio de hoy, pueden tener significado salvífico, de bienaventuranza: puede resultar un "bien" si llevan nuestro corazón a Dios. En efecto, la pobreza, la privación, los sufrimientos, las persecuciones nos preparan a la intimidad eterna con Él y a participar de su reino. Este es el código de las bienaventuranzas, núcleo mismo, por así decir, de la Buena Noticia. Esta es precisamente el "torrente" de agua viva en que ahonda las raíces el hombre justo a quien el Profeta Jeremías llama "bendito".

Por ello San Pablo recuerda, en la segunda lectura de hoy, que "Cristo resucitó de entre los muertos, el primero de todos" (1 Cor 15,20). Y a la vez nos invita a tener confianza en Cristo no sólo para esta vida temporal, sino para toda la eternidad (cf.1 Cor 15,19).

María nos recuerde incesantemente... estas palabras evangélicas, esta afirmación de Cristo: "Alégrense y salten de gozo, porque su recompensa será grande en el cielo".

SÉPTIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Lucas 6. 27-38

Hoy toda la liturgia está permeada de misericordia. Bien nos hará profundizar en esta virtud, corazón del cristianismo. Cristo, en este discurso de la llanura, nos pide amor misericordioso sobre todo con los enemigos, algo muy difícil de practicar, porque el hombre por naturaleza es vengativo y rencoroso. Perdonar a nuestros enemigos, humanamente es imposible, pero si Dios pone alguna de las fibras de su corazón en el nuestro o si nos hace un "trasplante de corazón", sí podremos.

El Evangelio ¡no nos ordena tanto que suprimamos el *juicio* de nuestra vida, sino suprimir el *veneno* de nuestro juicio! Esto es, esa parte de hastío, de rechazo, de venganza que se mezcla frecuentemente con la objetiva valoración del hecho. El mandamiento de Jesús: "No juzguen y no serán juzgados" es seguido inmediatamente, hemos visto, del mandamiento: "No condenen y no serán condenados" (Lc 6, 37).

Son los juicios 'despiadados', sin misericordia, los que están prohibidos por la palabra de Dios; aquellos que, junto con el pecado, condenan sin apelación también al pecador. Aprender a perdonar, a disculpar los defectos y errores de los demás es una tarea ardua y difícil. Nunca es fácil olvidar la injuria o la ofensa recibida, y mucho menos cuando hemos sido gravemente afectados. Por el contrario, que fácil es juzgar, pensar mal, comparar o condenar a mi prójimo, a aquél que me cae mal, a aquél que me ha ofendido.

Cristo, pone frente a nuestros ojos el amor de su corazón: un corazón que no conoce el odio ni el rencor; un corazón que a todos perdona, sin importar las veces que le hayamos ofendido, y nos pide que a semejanza suya obremos nosotros.

Si en nuestro corazón no hay misericordia, no estamos en comunión con Dios. "¡Aquí está todo el Evangelio, está el cristianismo! ¡Pero miren que no es sentimiento, no es "ostentación de buenos sentimientos"! Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del "cáncer" que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Sólo el amor llena los vacíos, los abismos negativos que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto. Y ésta es la alegría de Dios.

Jesús es todo, misericordia, Jesús es todo amor: es Dios hecho hombre. Cada uno de nosotros, cada uno de nosotros es esa oveja perdida, esa moneda perdida, cada uno de nosotros es ese hijo que ha desperdiciado su propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo.

Te doy gracias Jesús, por el inmenso amor que has tenido por mí y que te llevó a sacrificarte para redimirme de mis culpas. Te pido perdón por las veces que no he sabido perdonar a mi prójimo a ejemplo tuyo; pero te prometo que a partir de hoy amaré a mi hermano, por el que también te sacrificaste.

¡Pidamos misericordia! En el Evangelio, Jesús es claro: *Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso* (Lc 6,36). Cuando uno aprende a acusarse a sí mismo, es misericordioso con los demás: *¿Quién soy yo para juzgarlo, si soy capaz de hacer cosas peores?* La frase: *¿Quién soy yo para juzgar a otro?* obedece precisamente a la exhortación de Jesús: *no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenen, y no serán condenados; perdonen, y serán perdonados* (Lc 6,37). En cambio, ¡cómo nos gusta juzgar a los demás y hablar mal de ellos!

Hoy nunca mejor podemos hacer nuestro el himno de san Francisco de Asís:

*Hazme un instrumento de tu paz
donde haya odio lleve yo tu amor
donde haya injuria tu perdón señor
donde haya duda fe en ti.
Maestro ayúdame a nunca buscar
el ser consolado sino consolar*

*ser entendido sino entender
ser amado sino yo amar.
Hazme un instrumento de tu paz
que lleve tu esperanza por doquier
donde haya oscuridad lleve tu luz
donde haya pena tu gozo señor.
Maestro ayúdame a nunca buscar
el ser consolado sino consolar
ser entendido sino entender
ser amado sino yo amar.
Hazme un instrumento de tu paz
es perdonando que nos das perdón
es dando a todos como tu nos das
muriendo es que volvemos a nacer.
Maestro ayúdame a nunca buscar
el ser consolado sino consolar
ser entendido sino entender
ser amado sino yo amar.
Hazme un instrumento de tu paz*

OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Lucas 6. 39-45

'Tener el valor de acusarse a sí mismo'

Hoy Cristo nos quiere curar de la hipocresía. Nos alerta para que evitemos ese gran defecto en nuestras vidas. La hipocresía es mentira, falsedad, truco, máscara, falseamiento. El hipócrita finge un sentimiento, creencia u opinión. A la hipocresía se le contraponen la transparencia o la honestidad, cuando una persona es totalmente coherente entre sus pensamientos y sus acciones y no tiene "dobles discursos".

Somos hipócritas cuando queremos quitar la mota del ojo del hermano, cuando tenemos una viga en el nuestro. Es la hipocresía de la caridad sin misericordia ni comprensión. Los seres humanos, hombres y mujeres de toda clase y condición, tenemos una inclinación malsana y persistente, a criticar a los otros. Vemos con mucha facilidad, tal vez más de la que quisiéramos, los defectos y las malas acciones que quienes están a nuestro alrededor tienen y realizan, y ello nos lleva a criticarlos – en nuestro corazón y de viva voz -, por una razón o por otra, la mayoría de las veces con gran dureza.

Criticar a los demás, por una razón o por otra, en un sentido o en otro, es fácil, muy fácil. No exige mayor esfuerzo de nuestra parte, y siempre habrá para nosotros un motivo que lo "justifique", una razón que lo respalde, al menos en apariencia. Pero la vida cristiana auténtica, el seguimiento fiel de Jesús como discípulos suyos, no busca lo que es fácil o lo que nos queda cómodo, sino lo que es bueno, lo que se ajusta a la voluntad de Dios, que nos ama a todos como hijos y quiere que vivamos como verdaderos hermanos, en el amor y el respeto mutuos.

Nos iría bien un espejo limpio para mirarnos la cara. Ese espejo es la Palabra de Dios, que nos va orientando día tras día y nos enseña cuáles son los caminos del Señor. Si ejercitamos esta autocrítica con nosotros mismos, seguro que seremos más benignos y misericordiosos con los demás.

Primero hay que quitar la viga del propio ojo, acusarse a sí mismo: acúsate a ti mismo y no te sientas juez para quitar la paja de los ojos de los demás. Jesús usa esa palabra que solo emplea con los que tienen doble cara, doble alma: ¡Hipócrita! El hombre y la mujer que no aprenden a acusarse a sí mismos se vuelven hipócritas. Todos, todos, todos. Si uno de nosotros no tiene la capacidad de acusarse a sí mismo —y luego decir, si es necesario, a quien se deban decir las cosas de los demás—, no es cristiano, ni entra en esa obra tan bonita de la reconciliación, de la pacificación, de la ternura, de la bondad, del perdón, de la magnanimidad, de la misericordia que nos trajo Jesucristo.

Nuestro juicio es "pobre" porque le falta la misericordia que sí tiene el juicio de Dios. Antes de juzgar a los otros es necesario mirarse al espejo y ver cómo somos. Lo que diferencia el juicio de Dios del nuestro no es la omnipotencia sino la misericordia. En el Evangelio vemos que el juicio pertenece solo a Dios y por eso si no queremos ser juzgados también nosotros no debemos juzgar a los otros. Todos nosotros queremos que en el Día del Juicio, "el Señor nos mire con benevolencia, que el Señor se olvide de muchas cosas feas que hemos hecho en la vida".

Por eso si "tú juzgas continuamente a los otros con la misma medida, tú serás juzgado". El Señor nos pide que nos miremos al espejo. "Mírate al espejo, pero no para maquillarte, para que no se vean las arrugas. No, no, ¡ese no es el consejo! Mírate al espejo para mírate a ti, como tú eres". Querer quitar la paja del ojo ajeno, mientras que en tu ojo hay una viga. El Señor dice que cuando hacemos esto hay solo una palabra para definirlo: "hipócrita".

Se ve que el Señor aquí "se enfada un poco", dice que somos hipócritas cuando nos ponemos "en el sitio de Dios", que es lo que la serpiente ha convencido a hacer a Adán y Eva: "si comen de esto serán como Él". Ellos querían ponerse en el sitio de Dios. Por esto es tan feo juzgar. El juicio corresponde solo a Dios. "A nosotros nos toca amar, dar comprensión, rezar por los otros cuando vemos cosas que no son buenas, pero también hablar con ellos: pero, mira, yo veo esto, quizá...' pero no juzgar".

Cuando juzgamos "nos ponemos en el lugar de Dios" pero "nuestro juicio es un juicio pobre", nunca "puede ser un juicio verdadero". Y nuestro juicio no es como el de Dios no por su omnipotencia, sino "porque a nuestro juicio le falta misericordia, y cuando Dios juzga, juzga con misericordia".

Pensar hoy en lo que el Señor nos pide: no juzgar para no ser juzgados, la medida con la que juzgamos será la misma que usarán con nosotros y mirarnos al espejo antes de juzgar. De lo contrario seremos un "hipócrita" porque nos ponemos en el lugar de Dios y porque nuestro juicio es pobre porque le falta algo importante que tiene el juicio de Dios, le falta misericordia.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA (Ciclo C)

Lucas 4. 1-13

“Fue tentado por el diablo”

La Cuaresma del año 2016 está enmarcada en el año de la misericordia. Bien sabemos que Dios es Misericordia y lo ha demostrado a lo largo de los siglos. Pero también sabemos que la misericordia presupone que nosotros nos reconozcamos pecadores, nos acerquemos a Dios, le pidamos perdón sinceramente y nos propongamos la enmienda de vida. Dios concede misericordia generosamente y sin límites a quien está arrepentido.

Hemos escuchado que luego de ser bautizado por Juan en las aguas del Jordán, el Señor fue llevado al desierto por el Espíritu Santo. Allí permanecería cuarenta días en soledad, oración y estricto ayuno. De este modo quiso el Señor prepararse para dar inicio a su vida pública, para anunciar el Evangelio a todos los hombres, para fundar Su Iglesia y llevar a cabo la reconciliación de la humanidad mediante su muerte en cruz y resurrección.

El pasaje evangélico de este Domingo nos recuerda que tenemos un enemigo invisible, espiritual, que busca apartarnos de Dios, que por envidia busca destruir la obra de Dios que somos cada uno de nosotros. El Papa Pablo VI decía al respecto que “el mal que existe en el mundo es el resultado de la intervención en nosotros y en nuestra sociedad de un agente oscuro y enemigo, el Demonio. El mal no es ya sólo una deficiencia, sino un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor”.

Ante esta realidad, *el mayor triunfo del demonio es hacernos pensar que no existe*. Quien en la vida cotidiana olvida o desprecia esta presencia activa y actuante, se parece a un soldado que en medio de la batalla “se olvida” que tiene un enemigo: rápidamente será aniquilado. Por ello San Pedro nos invita a estar alertas, pues “su adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar” (1Pe 5,8-9). El olvido, la inconsciencia, el no creer en la existencia del demonio y su acción en nuestras vidas lleva a bajar la guardia en la lucha. Quien se descuida, será sorprendido como lo es el velador que en su puesto de vigilancia se queda dormido y no advierte la llegada del ladrón que sigiloso se acerca para tomar por asalto la ciudad.

Como lo intentó con el Señor Jesús, el Diablo busca apartarnos también a nosotros de Dios y de nuestra felicidad. Para ello utiliza la tentación, que es una sugerencia a obrar de un modo contrario a lo que Dios enseña. Sólo puede sugerir, nunca podrá obligarnos, o mover nuestra voluntad en contra de nuestra libertad.

Para lograr convencernos de obrar el mal, el Demonio miente y engaña (ver Jn 8,44). Nunca te va a presentar el mal objetivo como algo que es malo para ti, nunca te va a decir: “esto que te propongo te va a hacer daño, te va a hacer infeliz, te va a llevar a tu ruina”. ¡Todo lo contrario! Te presentará como muy bueno para ti, como algo “excelente para lograr sabiduría” (Cfr. Gén 3,6), como algo que te traerá la felicidad, lo que objetivamente es un mal y te llevará a la muerte espiritual (Cfr. Gén 3,3). El Demonio es muy astuto, tiene la habilidad de envolvernos en la confusión y engañarnos de tal manera que terminamos viendo en un poco de agua sucia y envenenada el agua más pura del mundo.

Para que su tentación tenga acogida busca hacerte desconfiar de Dios y de la bondad de su Plan para contigo, pues mientras te aferres a la palabra y consejo divino tal como lo hizo el Señor Jesús en el desierto, no podrá vencerte. ¡Cuántas veces el Demonio te sugiere que Dios en realidad no quiere tu bien (Cfr. Gén 3,2-5), que es un egoísta, que no te escucha, que seguir su Plan es renunciar a tu propia felicidad, condenarte a una vida oscura, triste e infeliz! Y una vez que siembra en ti esa desconfianza en Dios y en sus amorosos designios para contigo, él mismo se presenta como aquel que es digno de ser creído, y su tentación como “la verdad” que conduce a tu felicidad, a tu realización, a tu vida plena: “¡serás como dios!”

Conscientes de la existencia y acción del Demonio en nuestras vidas lo primero que debemos hacer es estar vigilantes, alertas, atentos, para no dejarnos sorprender por el enemigo, por sus seducciones disfrazadas de miles de formas bellas para atrapar a los incautos. Como dice San Pablo, Satanás incluso se disfraza de “ángel de la luz” (2Cor 11,2). **San Agustín nos enseña que** “Nuestra vida, en efecto, mientras dura esta peregrinación, no puede verse libre de tentaciones; pues nuestro progreso se realiza por medio de la tentación y nadie puede conocerse a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni puede vencer si no ha luchado, ni puede luchar si carece de enemigo y de tentaciones... ¿Te fijas en que Cristo fue tentado, y no te fijas en que venció la tentación? Reconócete a ti mismo tentado en él, y reconócete también a ti mismo victorioso en él. Hubiera podido impedir la acción tentadora del diablo; pero entonces tú, que estás sujeto a la tentación, no hubieras aprendido de

Él a vencerla”.

¿Qué tentaciones experimento durante mi camino por el desierto de la vida: sensualidad y lujuria, ambición y avaricia, vanidad y soberbia, pereza y dejadez? ¿Cuáles son las armas que llevo conmigo para ganar la batalla del enemigo: oración, ayuno, sacrificios, vigilancia, el santo rosario, la cruz de Cristo?

Invoquemos la ayuda maternal de María santísima para el camino cuaresmal que acaba de comenzar, a fin de que abunde en frutos de conversión.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA (Ciclo C)

Lucas 9. 28-36

"Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos eran de una blancura fulgurante"

Recordemos las tentaciones a las que el Señor Jesús fue sometido por Satanás en el desierto. En una de ellas el Demonio le prometía la gloria del mundo entero, con una sola condición: "Te daré el poder y la gloria de todo eso... si tú te arrodillas delante de mí" (Lc 4,6-7). Sin mucho esfuerzo, tan sólo adorándolo, tendrá en un instante: poder, riqueza, fama.

Como al Señor Jesús, también a nosotros el Diablo nos ofrece "la gloria del mundo" con sólo adorarlo: fama, reconocimiento, poder, dominio, riquezas, placer sin límites morales. ¡Cuántos buscan esa gloria cada día! Mas la gloria que ofrece el Príncipe de este mundo es engañosa, no sacia el anhelo de infinito, de felicidad y plenitud del ser humano. La gloria que ofrece a quien se arrodille ante él es vana. Hoy son muchos los que inconsciente o conscientemente, de una o de otra manera, "venden su alma" al Demonio para gozar un tiempo fugaz de "gloria". Son los que hincan sus rodillas ante los ídolos del poder, del placer, del tener, ofreciéndoles como sacrificio su propia vida. Procediendo de este modo, ciertamente ganan "el mundo entero", pero ellos mismos se pierden y arruinan (ver Lc 9,25).

El Señor ha venido a salvar al ser humano, a reconciliarlo. No quiere que nadie se pierda. Él conoce los más profundos anhelos del corazón humano y sabe cómo saciar verdaderamente sus anhelos de gloria, de grandeza. A diferencia del padre de la mentira que ofrece una gloria vana, pasajera, el Señor ofrece a todo el que crea en Él la gloria auténtica, la que verdaderamente realiza al ser humano. Un destello de esa gloria es la que muestra cuando en el monte Tabor se transfigura ante Pedro, Santiago y Juan. Es ésa la gloria de la que Dios ha querido y quiere hacer partícipe a su criatura humana.

Como vemos por el testimonio de Pedro, la participación de esa gloria llena de gozo el corazón humano: "Maestro, ¡qué bien se está aquí! Haremos tres carpas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías" (Lc 9,33). Es como si dijera: "¡Quedémonos aquí! ¡Que esto no pase nunca! ¡Lo que ahora experimentamos nos llena de una felicidad total!". Estaba totalmente sobrepasado por la intensidad de aquella experiencia.

La de Pedro, Santiago y Juan es una experiencia anticipada de la gloria que Dios ofrece a todo ser humano, para que también nosotros la deseemos intensamente. ¿No quiero yo también esa felicidad para mí? Sin embargo, para alcanzar aquella felicidad plena en la participación de la gloria divina, todavía —y mientras dure nuestra peregrinación en esta vida— hemos de "bajar del monte" como aquellos apóstoles, hemos de volver a lo rutinario de cada día, hemos de volver a la lucha continua contra el mal, hemos de "cargar con nuestra cruz cada día" y "ser crucificados con Cristo", hasta que por fin, terminada nuestra peregrinación en esta tierra, podamos alcanzar la corona prometida a quienes perseveren en la lucha hasta el fin.

En efecto, San Beda enseña que "Cuando el Señor se transfigura, nos da a conocer la gloria de la resurrección suya y de la nuestra. Porque tal y como se presentó a sus discípulos en el Tabor, se presentará a todos los elegidos después del día del juicio. El vestido del Señor representa el coro de sus santos, el cual parecía despreciado mientras el Señor estuvo en la tierra. Pero dirigiéndose Él al monte, brilla con nuevo fulgor. Así ahora somos los hijos de Dios, pero lo que un día seremos, no parece todavía; mas sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a Él (1Jn 3,2)".

Si bien estamos invitados a la gloria, no podemos olvidar que el camino para alcanzarla necesariamente pasa por la cruz. Tampoco podemos olvidar, especialmente en los momentos de dura prueba, que "los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros" (Rom 8,18). Así, pues, no temas tomar tu cruz cada día y seguir fielmente al Señor Jesús, confiado en la promesa que Él nos hace de hacernos partícipes de su misma gloria si hacemos lo que Él nos dice.

Concluimos con esta exhortación de San León Magno: "Que la predicación del santo Evangelio sirva, por tanto, para la confirmación de la fe de todos, y que nadie se avergüence de la Cruz de Cristo, gracias a la cual quedó redimido. Que nadie tema tampoco sufrir por la justicia, ni desconfíe del cumplimiento de las promesas, porque por el trabajo se va al descanso, y por la muerte se pasa a la vida, pues el Señor echó sobre sí toda la debilidad de nuestra condición y si nos mantenemos en su amor, venceremos lo que Él venció, y recibiremos lo que prometió".

TERCER DOMINGO DE CUARESMA (Ciclo C)

Lucas 13. 1-9

“Si ustedes no se convierten, todos acabarán de la misma manera”. La grave y repetida advertencia del Señor: “si ustedes no se convierten, todos perecerán de la misma manera”, es una seria invitación al cambio. Quien se obstina en el mal camino y no se convierte al Señor de corazón camina hacia la propia y definitiva destrucción, a la muerte eterna. Es de esta “segunda muerte” (ver Ap 20,6.13-15; 21,8) de la que advierte el Señor.

No es que Dios se complazca en el castigo, Él no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva, como enseña San Basilio cuando dice que “Es propio de la divina misericordia no imponer castigos en silencio, sino publicar primero sus amenazas excitando a penitencia, así como hizo con los ninivitas y ahora con el labrador, diciendo “Córtala”, estimulándolo a que la cuide y excitando al alma estéril a que produzca los debidos frutos”.

En este tiempo de Cuaresma no podemos perder de vista que además de esforzarnos por abandonar nuestros vicios y rechazar el pecado, la conversión que el Señor quiere de nosotros consiste asimismo en *dar fruto*: “La gloria de mi Padre —dice el Señor— está en que den mucho fruto, y sean mis discípulos” (Jn 15,8). Esos frutos son las obras buenas.

Así como los frutos de una higuera son concretos, visibles, así también deben ser los frutos en nuestra vida cristiana: deben ser concretos, visibles a los demás. No se trata ciertamente de buscar ser reconocidos, apreciados, aplaudidos, enaltecidos por los frutos de las buenas obras, sino que se trata de que muchos al ver tus buenas obras “glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16). No se trata de alimentar tu vanidad buscando que por tus obras seas alabado, sino de señalar siempre humildemente el origen de todo lo bueno que tú puedes hacer: Dios.

Usando la imagen agrícola del Señor, podemos decir que todo esfuerzo por despojarnos de los vicios (Cfr. Col 3,9-10) y cortar las conductas pecaminosas que nos impiden dar frutos de santidad se compara a la poda. Al podar un árbol se le despoja de todo aquello que consume inútilmente el vigor que necesita para dar mucho y buen fruto. Podar un árbol es quitarle algo que no sirve para que dé más de lo que verdaderamente sirve (Cfr. Jn 15,2). En este sentido, la “conversión significa eliminar los obstáculos que se interponen entre Él y nosotros, entre su gracia y nosotros, y permitir que Su vida se instaure en nosotros. Convertirse quiere decir adquirir una mentalidad nueva, por la que vemos como ve Jesús, queremos como quiere Jesús y vivimos como vivió Jesús. Vivir de Él y como Él es el fin del cristiano, hasta el punto de que puede decir con San Pablo: “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20)” (S.S. Juan Pablo II).

Dios, que es “rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó” (Ef 2,4), ha hecho y hace todo lo que está de su parte para que podamos responder a nuestros anhelos de plenitud, de felicidad, de amor, de Infinito: “¿Qué más se puede hacer ya a mi viña, que no se lo haya hecho yo?” (Is 5,4). ¡Dios ha hecho hasta lo impensable, lo inaudito! ¡Dios nos ha entregado a su propio Hijo! Por Él nos ha dado a la Iglesia y por ella ha puesto a nuestro alcance los medios necesarios para poder vivir la vida en Cristo: los sacramentos. Ahora implora nuestra respuesta generosa y nos alienta a que acojamos la gracia derramada en nuestros corazones (Cfr. Rom 5,5), que no la tornemos estéril sino que con nuestra decidida cooperación produzcamos en la vida cotidiana frutos de conversión (Cfr. 1Cor 15,10; 2Cor 6,1-3).

¿Y qué frutos concretos espera el Señor de mí? Frutos de servicio y atención a los miembros de mi propia familia; frutos de perdón y reconciliación con quienes me han o he ofendido; frutos de solidaridad y caridad con los necesitados; frutos de generosidad con quien me pide cualquier tipo de ayuda; frutos de estudio y conocimiento de la propia fe para poder dar razón de ella a muchos; frutos de un apostolado irradiante; etc.

Demos, pues, los frutos que el Señor espera de nosotros, fuertemente adheridos al Señor, nutriéndonos de la savia viva de su amor y de su gracia, con la conciencia de que sin Él no podemos dar fruto (ver Jn 15,4-5). Los nuevos tiempos requieren dar cuenta de la experiencia de Dios, hoy es urgente conocer y explicar nuestra fe en Jesucristo, en nuestra Iglesia, y vivir lo que creemos para no terminar creyendo como estamos viviendo.

Que la Madre de Dios nos ayude a avanzar paso a paso mediante los actos de cada día sostenidos por la gracia del Espíritu Santo. Fecundados por la Palabra de Cristo, nos ayude a dar lentamente frutos en la Iglesia para la gloria de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA (Ciclo C)

Lucas 15. 1-3, 11-32

“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”

Las lecturas de este Cuarto Domingo de Cuaresma siguen teniendo como tema la conversión, idea central de toda la Cuaresma. El Evangelio nos trae la muy favorita parábola del Hijo Pródigo, aunque puede llamarse más propiamente la parábola del Padre misericordioso dado que su finalidad es revelar las entrañas misericordiosas de Dios.

El hijo del padre misericordioso, en tierra extraña, derrocha toda su fortuna viviendo como un libertino. Le va “bien” mientras le duran sus bienes, pero cuando se le acaba la herencia, todos lo abandonan y lo dejan solo. A la experiencia de abandono y soledad se añade la del hambre, que le lleva no sólo a asumir un trabajo que para los judíos era el más degradante de todos, sino incluso a querer alimentarse de la misma comida que le daba a los cerdos. No podía caer en una situación más baja ni deshumanizante.

San Juan Crisóstomo enseña que “Después que sufrió en una tierra extraña el castigo digno de sus faltas, obligado por la necesidad de sus males, esto es, del hambre y la indigencia, conoce que se ha perjudicado a sí mismo, puesto que por su voluntad dejó a su padre por los extranjeritos; su casa por el destierro; las riquezas por la miseria; la abundancia por el hambre, lo que expresa diciendo: “Pero yo aquí me muero de hambre”. Como si dijese: yo, que no soy un extraño, sino hijo de un buen padre y hermano de un hijo obediente; yo, libre y generoso, me veo ahora más miserable que los mercenarios, habiendo caído de la más elevada altura de la primera nobleza, a lo más bajo de la humillación”.

Hasta este punto la historia que propone el Señor Jesús expone figurativamente las terribles y tremendas consecuencias que trae al propio ser humano el pecado, el rechazo de Dios y de sus amorosos designios. Es lo que el **san Papa Juan Pablo II** describía sintéticamente de este modo: “En cuanto ruptura con Dios el pecado es el acto de desobediencia de una creatura que, al menos implícitamente, rechaza a Aquél de quien salió y que la mantiene en vida; es, por consiguiente, un acto suicida. Puesto que con el pecado el hombre se niega a someterse a Dios, también su equilibrio interior se rompe y se desatan dentro de sí contradicciones y conflictos. Desgarrado de esta forma el hombre provoca casi inevitablemente una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado. Es una ley y un hecho objetivo que pueden comprobarse en tantos momentos de la psicología humana y de la vida espiritual, así como en la realidad de la vida social, en la que fácilmente pueden observarse repercusiones y señales del desorden interior” (RP 15).

El camino de retorno se inicia con un acto de humildad, de reconocimiento de su situación miserable así como de toma de conciencia de su propia identidad de hijo. “Entrando en sí mismo”, recapacitando y volviendo en sí luego de estar tanto tiempo alienado, enajenado, alejado de su propia identidad, decide buscar a su padre para pedirle perdón y ser admitido como un jornalero más. Sabía que nada más merecía.

La reacción del padre al ver venir al hijo es muy diversa a la de la justicia humana. Queda evidente que Dios no trata al pecador como merecen sus culpas y rebeldías. El padre nunca ha dejado de amar al hijo. Por eso al verlo a lo lejos sale corriendo a su encuentro, lo abraza, lo besa, manda que lo revistan nuevamente con trajes que van de acuerdo a su dignidad de hijo y lo admite nuevamente a la comunión mandando hacer fiesta, matando al ternero cebado para celebrar un banquete.

El Señor Jesús proclama que en Él la misericordia del Padre sale al encuentro de la miseria humana, proclamándose así el triunfo del Amor sobre el pecado y la muerte. Dios, que es Padre “rico en misericordia” (Cfr. Ef 2, 4), no quiere la muerte del pecador, sino que abandone su mala conducta y que viva (Cfr. Ez 33,11) una vida digna de su condición de hijo de Dios. Por esto **san Pablo** nos suplica a todos: “Les suplicamos que no hagan inútil la gracia de Dios que han recibido... Este es el momento favorable, éste es el día de salvación” (2 Cor. 5, 1-2). La Cuaresma es tiempo propicio para convertirnos y “volvemos justos y santos”, (2 Cor. 5, 21).

Hagamos como el hijo pródigo, por la intercesión de María, que, consciente de su situación de pecado, entra en sí mismo y decide volver a su padre. A nuestro Padre celestial que cubre con su misericordia nuestra miseria. Este es el Evangelio de la Cuaresma, válido para cada uno: entrar en sí mismo, para volver a Dios. Dios nos acoja a todos en su infinita misericordia.